

LAS CUESTIONES AFROASIATICAS DESPUES DE LA CONFERENCIA DE EL CAIRO

La conferencia afroasiática de El Cairo que se celebró desde el 26 al 31 de diciembre, con asistencia de quinientos delegados procedentes de cuarenta y cuatro países, representó en el orden cronológico la fecha más importante del pasado 1957, respecto a todos los sectores de los que están o han estado en el arca de los pueblos dependientes. Sin embargo, el verdadero interés de tal concentración no se agotó con el fin de sus sesiones, pues en realidad la conferencia de diciembre proporcionó una utilísima perspectiva para analizar todas las cuestiones que en los países colonizados y ex-colonizados puedan desarrollarse, acentuarse o modificarse a lo largo del corriente 1958. Sin embargo, al examinar dicha conferencia desde perspectivas alejadas, puede cometerse el error de examinar la totalidad del desenvolvimiento afroasiático sólo en relación con las pugnas de influencias y presiones de las mayores potencias mundiales; descuidando entre tanto el otro sector de la evolución afroasiático en sí misma. A este respecto ha sido muy característico el que la mayor parte de las informaciones que sobre la reunión de El Cairo se publicaron en la Prensa diaria de algunos países de Europa Occidental, se enfocasen sólo sobre el hecho de la presencia de una delegación soviética. En realidad dicha presencia fué un elemento que pudo calificarse como un factor más adjetivo que sustantivo; es decir, algo que calificaba algunas tendencias y determinaba ciertos rumbos, pero que no era el fondo vivo de la cuestión.

Sobre los datos concretos principales de la celebración de la Conferencia de El Cairo se destacaron en sentido positivo el de que los delegados representasen (con más o menos autenticidad) a unos mil quinientos millones de personas. En otro sentido de carácter negativo se hizo constar que mientras la conferencia afroasiática de Bandung en 1955 fué organizada por los Estados y Gobiernos, la celebrada a orillas del Nilo fué sólo de representaciones de organizaciones políticas diversas, aunque muchas de ellas (como la egipcia, la japonesa, la indonesia, la india, etc.) tenían características marcadamente oficiales. Las sesiones se celebraron en el salón de actos de la

Universidad de El Cairo en Guiza. La presidencia fué ocupada por el coronel egipcio Anuar As Sadat, que es el «Speaker» en la Asamblea Nacional de su país. Al final se aprobaron unas conclusiones en quince puntos cuyo contenido general anti-colonial recordaba el de las conclusiones de Bandung de 1955. Quedó elegido un «Consejo de solidaridad afroasiática» como comisión permanente de cinco miembros presididos por un egipcio. Y también se creó una Secretaría con once secretarios.

Tanto en el Consejo como en la Secretaría figura, respectivamente, un miembro soviético. Con este motivo se señaló cómo el éxito logrado por la presencia de los delegados de la U. R. S. S. no sólo se debió a lo escogido de tales delegados en su carácter técnico, sino a haber tenido en cuenta en sus discursos la importancia que tienen para los países ex-dependientes de Africa y Asia los complejos de igualdad y de no recibir apoyos que vayan precedidos de compromisos. Tomado en tal sentido, la oferta de ayuda económica sin condiciones que hizo el delegado soviético Arzumanyan Apushaven (armenio de raza, que es el director del Instituto de Economía Mundial) pudo ser calificada en las páginas de algún diario británico como «pregones de buhonero en el mercado», y ofertas de saldo más barato que nadie. También se dijo que la oferta de Arzumanyan podría volverse del revés si las potencias anglosajonas ofreciesen y diesen del mismo modo. Sería asimismo posible que el exceso de las proposiciones rusas, demasiado amplias, las anulase por imposibilidad de hacerlas efectivas, o que sólo se hubiesen formulado como un tanteo para estudiar las reacciones. En todo caso, las mismas características de un tanteo y ensayo destacaron en las ausencias y las presencias de bastantes países, entre los que figuraron en El Cairo y los que no asistieron.

Por ejemplo, las actuaciones de las delegaciones de los argelinos del F. L. N.; los refugiados palestineses; los griegos de Chipre; los somalíes, etc., significaban empeños de figurar en una lista completa de países, como anticipaciones de sus esperanzas de futuras autodeterminaciones y con vistas a una propaganda indirecta sobre la O. N. U. De otros países con futura concreción indefinida, como Camerún, Bahrein o Kenya, fueron jefes de grupos políticos poco desarrollados que al acudir a El Cairo sin haber sido designados mayoritariamente buscan ponerse delante en los caminos de la futura evolución política de sus países, para que así ésta haya de pasar por donde ellos se han puesto previamente. No han faltado dos países árabes en los cuales la concurrencia de delegaciones de partidos que teóricamente actúan como de oposición ha podido resultar de un acuerdo previo

con sus mismos paisanos gubernamentales, para que así se estableciesen en El Cairo contactos sin compromisos para los referidos elementos gubernamentales.

En cuanto a Filipinas, Pakistán, Cambodge, Viet Nam del Sur, y algún otro país invitado de los cuales no concurrió nadie, esto fué por no querer aparecer junto a Rusia, pero sin que ello les haya hecho romper con el empeño afroasiático inicial que expresaron en Bandung. El ministro filipino de Asuntos Exteriores en funciones, Serrano, ha expresado ese empeño general diciendo que en todo caso Filipinas tratará de servir de puente entre el conjunto afroasiático y los países que giran en torno a Estados Unidos. Estas declaraciones las hizo el señor Serrano inaugurando una asamblea internacional de estudiantes de países asiáticos que tenía lugar en Baguio. Es decir, la localidad donde en mayo de 1950 se celebró (por gestión del entonces presidente Elpidio Quirino) la conferencia de Asia sudoriental. Aquel fué el principal antecedente para la formación en la O. N. U. del bloque de delegaciones afroasiáticas; bloque que nació con un sentido inicial neutralista.

Después de la primera reunión de Baguio, las afiliaciones de algunos países de aquel bloque (sobre todo Filipinas, Pakistán o Irán e Iraq) a las combinaciones de la S. E. A. T. O. y el Pacto de Bagdad, junto con las potencias anglosajonas, no han excluido ciertos resabios del neutralismo primitivo que se han manifestado en el deseo que sus participaciones militares, posibles sean, sobre todo, defensivas respecto a las integridades de sus fronteras. Es decir, sin que las alianzas con Gran Bretaña y Norteamérica impliquen necesariamente adherirse a todos los puntos de la política europea y mundial de dichas potencias.

En general, la conferencia de El Cairo ha servido para comprobar que tanto entre los países más decididamente occidentales, como en aquellos que se aferran al neutralismo, sobreviven los complejos del recelo que sienten los pueblos que fueron coloniales hacia las posibilidades de que las ofertas de apoyos técnicos y económicos hechas por las antiguas potencias colonizadoras encubran deseos de nuevas hegemonías por medios disimulados. Los recelos cunden cuando las grandes potencias subordinan las ayudas a la firma de pactos; y también cuando los procedimientos de ejecución de las ayudas se hacen a través de párrafos confusos de textos y programas, con lo cual muchas veces se llega tarde.

En el curso de la reunión de Bandung, Mohammed Ali que era entonces jefe del Gobierno del Pakistán (y uno de los cinco organizadores de aque-

lla reunión), dijo «si las potencias occidentales desean realmente que Asia figure a su lado, deben ofrecer más alimentos que armas». Esto significa que si las ayudas a los pueblos orientales se condicionan a planes que no les interesen directamente, ellos no pueden sentirse moralmente comprometidos. En la opinión de Mohammed Ali, (conocido como netamente norteamericanófilo) eso significaba que si se impone a los asiáticos planes, incluso favorables que no cuenten antes con sus voluntades y se hagan en plan de igualdad, a ellos siempre les parecerá que se trata de considerarles como «razas inferiores» o subalternas.

En el curso de la conferencia de El Cairo se ha observado cómo el complejo del recelo de que los afroasiáticos tengan que actuar en planos subordinados, ha alentado la creencia (verdadera o errónea) de que la solución está en hacer propaganda para que no haya pueblos subalternos, y que se extienda a todas partes el principio de la «autodeterminación». De ahí el empeño en que tomasen parte delegaciones de todas clases, incluso de países tan poco en condiciones como Camerún, Uganda, Zanzibar, etc.

Estas pretensiones de emancipaciones prematuras o confusas, no deben, sin embargo, ser tomadas a la ligera, a pesar de lo escaso de las representaciones de muchos de sus portavoces. Desde Londres, el moderado «Times» escribía al cerrarse la reunión de El Cairo, que sería erróneo para el Oeste el considerar esta conferencia como un nuevo intento para alinear a los países hasta ahora neutrales contra dicho Occidente, por el nuevo hecho de que haya sido la citada Conferencia organizada por los comunistas, y porque muchos de los delegados representen únicamente a grupos reducidos de desafectos. Igualmente desde Londres otros comentarios procedentes de círculos técnicos en política internacional hacían constar que en esta ocasión «Rusia se ha limitado a aprovechar los fallos de la política occidental». Desde El Cairo, los corresponsales de prensa europeos que recogieron sobre el terreno los planteamientos de problemas en los debates de la Conferencia, hacían constar que no se trataba de política tanto como de que en las regiones dependientes y ex-dependientes poco desarrolladas «varios cientos de millones de hombres se encuentran en la fase más aguda de sus existencias colectivas, en lo social, lo nacional y lo económico, y si no se atiende a sus problemas con desinterés, será Rusia quien movilice esa fuerza positiva y negativa».

Un primer reconocimiento indirecto de la necesidad de esa atención se pudo ver en el texto del comunicado final de las quince potencias atlánticas de la N. A. T. O. después de la reunión que celebraron en París del

26 al 31 de diciembre; o sea, paralelamente a la celebración de la Conferencia de El Cairo. En ese texto se hablaba de relaciones «entre iguales» al hacer referencias a los pueblos africanos; en lo cual se consideró que respaldada la teoría de los movimientos de emancipación del continente negro. El mismo principio pudo aplicarse a los sectores del Oriente asiático, sea Medio o Extremo.

Más directa o realista fué en el mismo terreno occidentalista la labor del viaje emprendido durante el curso del mes de enero por el Primer Ministro británico Harold Macmillan. Aunque el objetivo inmediato y concreto del recorrido fué el de una visita de buena voluntad a gobernantes asiáticos dentro de los espacios y las orientaciones de la Commonwealth, ha sido indudable que se ha buscado también cierta repercusión ante los afroasiáticos en general. Tanto el texto previo de la respuesta de Macmillan a Bulganin como la visita del jefe del Gobierno de Londres al de Tokio, y las hechas a Nehru e Iskandar Mirza dentro del sentido de la Commonwealth, han tenido facetas encaminadas a que por Inglaterra sigan pasando lazos de confianza en Europa y en las democracias. Macmillan dijo en Karachi que las formas de cooperación igualitaria entre países de la Mancomunidad británica reforzaban la sensación de que «ahora más que nunca dependemos el uno del otro». También añadió que el Reino Unido recibe con agrado la aportación de nuevos miembros asiáticos y africanos, y espera que en el futuro esas aportaciones sean aún mayores.

Tratando de resumir lo más objetivamente posible las líneas generales de los efectos que la reunión de El Cairo haya podido tener, para poner de relieve la necesidad de asegurar los concursos voluntarios de los pueblos dependientes y ex-dependientes a la consolidación de las instituciones internacionales y de lo que se viene denominando un mundo libre, parece evidente que junto a las consolidaciones políticas con características de igualdad aumentan su carácter de necesidad los valores morales que tienden a la descolonización. Entre ellos los de organismos técnicos como el I. N. C. I. D. I. de Bruselas, en cuya última reunión de Lisboa se tomaron decisiones precorizandq la desaparición de las descrinaciones étnicas o culturales de todas clases. Y asimismo el evidente desinterés humano de la Iglesia Católica que ahora está acentuando en su labor misional el empeño de que ésta sea en su mayor parte obra de gentes, de las razas y de los pueblos sobre los que actúa en regiones tropicales, pra que nunca tengan la sensación de que los adelantos que se les brindan sean ímposiciones ni lleven fines ocultos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

22

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

